JOSE JUAN BRUNER Y SU TIEMPO

POR

MARCELO SEGALL

Una carta de Humboldt

En el año de la *Primavera de los pueblos* (1848), un joven alemán, José Juan Bruner, desembarcó en Valparaíso. No portaba mayor equipaje, pero traía dos valores importantes: una carta de presentación de Alexander von Humboldt al ministro Mariano Egaña, redactor de *La Constitución de Chile,* y un certificado de estudios médicos firmado por dos autoridades: el gran fisiólogo Juan Müller y el gran clínico Schultz von Schultzenstein.

Estuvo algún tiempo en Valparaíso: era el centro mercantil del Pacífico. Después se trasladó a La Serena, un foco minero y fundidor cupríferos. Así pudo obtener alguna clientela influyente, adquirir prestigio profesional, reunir dinero, encontrar una bella esposa criolla en la aristocracia provinciana, doña Carmen Escobar Rey de Castro, y trasladarse a la capital: hacer la carrera universitaria para la cual había sido preparado.

Sin embargo, su viaje y residencia en Chile no son el típico itinerario del inmigrante dispuesto «hacer la América». Cuando partió de Hamburgo, sólo había previsto un lapso de tres años de viaje, conocimiento directo del mundo y el posible retorno. Era miembro de una Misión Científica enviada a Nueva Zelanda, Oceanía y la costa occidental de la América Meridional. Una de las tantas expediciones científicas de esos años. Todos los grandes países prepararon más de una. Era una época de gran curiosidad geográfica, sostenida por la aspiración colonialista de las grandes potencias. Es famosa la expedición británica del *Beagle* con Darwin como naturalista. Poco conocida la Misión Astronómica Gillies, de los Estados Unidos. Y desconocida la francesa de *L'Oriental,* organizada por Vendel-Heyl, con un brillante equipo de profesores, aparatos de física, fotografía y química y con 70 estudiantes. Cuyo naufragio, unido a causas políticas, permitieron dejar en Chile un buen número de profesores que cooperaron

a preparar el medio cultural necesario para la futura labor científica de Bruner (1).

Pero debemos distinguir la expedición de Bruner de la inglesa y de la norteamericana. La alemana fue enviada por una Sociedad cultural, continuación y filial ideológica de la Sociedad organizada en casa de Hegel en 1826.

La Sociedad hegeliana tenía varias secciones: el aspecto filosófico era comandado por Eduardo Ganz; el científico médico, por Juan Müller y Schultz von Schultzenstein, y el científico general, por Alexander von Humboldt. Todos miembros del ala liberal del hegelianismo (2). Impregnados del espíritu universalista de la concepción hegeliana, propiciaban todos los avances posibles de la cultura. La concepción unitaria de la dialéctica, ligando la razón a la realidad, era casi una fe y un deber religiosos. De tal modo, que sentían la obligación de expandirla en todas direcciones y hacia todos los países. Los maestros hegelianos ponían todo su espíritu en inspirar entusiasmo a sus discípulos. Son inexplicables muchos aspectos de la labor perseverante y sacrificada de Karl Marx y de Federico Engels sin el fervor creado por sus profesores. *Es un punto importante y olvidado del hegelianismo.* Es así como muchos jóvenes hegelianos llegaron a ser líderes de escuela en sús respectivos países. Después de estudiar en Alemania, Víctor Cousin fue el jefe del espiritualismo ecléctico de Francia. Lo mismo Vera en Italia. Aún hoy es poderosa la escuela hegeliana de Nápoles. Los rusos Bakunin y Herzen crearon el hegelianismo de su patria. De la misma manera, cuando los profesores de José Juan Bruner vieron en él un joven entusiasta, de carácter creador y apasionado, de inmediato lo comprometieron en la expedición. Para ellos era una extraordinaria posibilidad llevar un hegeliano al Nuevo Mundo.

Dispuestos a facilitarle su posible obra, le entregaron las mejores recomendaciones posibles. Para Chile, la carta de Humboldt a Egaña. Habían sido amigos en París. Y en verdad, durante toda su vida le fue útil a Bruner la recomendación del gran geógrafo. Con ella pudo ser presentado al Presidente Manuel Montt. En su batalladora vida chilena tuvo en todo momento la protección del mandatario. Le abrirá las puertas de la Universidad con la oposición violenta de gran parte

---

(1) Antonio Vendel-Heyl fue el creador de cátedras de Lenguas Clásicas en la Universidad de Chile. Difundió además el microscopio, la fotografía y el socialismo utópico francés. Su expedición permitió que Chile fuera uno de los primeros países fotografiados de la Tierra. El naufragio de *L'Oriental* entregó el tema *Dos años de vacaciones* al novelista Julio Verne.

(2) Sobre Müller, Schultz y Ganz, ver: W. Mooc. *Hegel y la Escuela Hegeliana.* traducción Gaos, Edit. Revista de Occidente, Madrid, 1931; Auguste Cornu, *Karl Mar et Friedich Engels,* Presse Universitaires de France. París, 1951, y Georc Brandes, *Las grandes corrientes de la literatura en el siglo XIX,* Editorial Losada, Buenos Aires, 1946. Diversos traductores.

de la jerarquía académica tradicionalista. Muerto el Presidente, su hijo Pedro heredará la obligación de apoyarlo. Lo hará incluso en ásperos debates parlamentarios (3).

Cuando Bruner conoció el país, estuvo indeciso si fijaba aquí su residencia definitiva. Era una república progresista, pero también muy atrasada. Ya había nacido su movimiento literario y científico y se repitió en tono menor la batalla del romanticismo; pero, salvo una *élite* de escritores, catedráticos y artistas, como Bello, Sarmiento, Lastarria, Vendel-Heyl, Marín, Gay, Lozier, Rugendas y Monvoisin, la mayoría de la nación era analfabeta y gran parte de los «doctos» estaban limitados por la neoescolástica colonial. Desde 1843 existía la Universidad, pero era un organismo en formación y constreñido por la petrificación circundante. Sin embargo, las tristes noticias europeas, en particular la derrota de la revolución democrática alemana, le impusieron la decisión. Percibió los efectos del triunfo del absolutismo sobre los hegelianos liberales. Sus maestros, aunque lejanos a la política activa, habían sido orientadores intelectuales en el movimiento revolucionario vencido. Como es natural, el joven doctor no deseaba ser un sospechoso más en su patria, sino un hombre libre en una república libre, donde exponer sus ideas sin censura gubernativa. Pensó lo mismo que la mayoría de los liberales de su país: «Si no podéis arrebatar los tiranos a los pueblos», ayudad «a levantar la sociedad americana», «arrebatad los pueblos a los tiranos» (4). Entre los emigrados en busca de la libertad, llegaron a Chile: un diputado a la Asamblea de Prusia, Andwanter; un naturalista, Rodulfo Amado Philippi, rector del Politécnico de Cassel; un pintor utopista, Simon, y el doctor Scheinder, activo dirigente revolucionario. Todos serán después distinguidos profesionales y catedráticos en Chile.

Personalmente, no creo en la predestinación calvinista, y Bruner era más bien luterano; pero hay una extraña coincidencia en su sino: nació en 1825, un *18 de septiembre*. Es el día patrio de Chile, algo semejante al 14 de julio para los franceses, pero más emotivo aún: es el aniversario de la independencia.

La obra del hegeliano Bruner

Su residencia definitiva en Chile —no volvió jamás a Europa— ha dado lugar a un curioso modelo de injusticia y postergación históricas. Al filósofo menor Bruner le sucede lo mismo que les aconteció a dos

(3) *Sesiones de la Cámara de Diputados de Chile del 25 y 26 de enero de 1895.*
(4) Epígrafe del libro de A. Simón y Bromme: *Emigración y colonización alemana de América del Sur.* Bayreut, 1850.

grandes escritores: a Dostoyevsky y Kafka. Durante toda una generación, la presión de la realidad hizo de ellos hombres desconocidos para toda una generación. Desde luego, en los novelistas fue la política —sus obras antiburocráticas son un retrato anticipado del régimen concentracionario—, y en nuestro caso, muy menores, de origen puramente cultural.

El hecho de que Bruner fuera hegeliano lo eliminó de los diversos panoramas de la producción intelectual del país, pues todos los estudiosos, cuando se refieren al siglo pasado, sólo efectúan simples glosas de una gran fuente informativa, pero muy parcial, que son los *Recuerdos literarios* del positivista José Victorino Lastarria. Mientras menciona, detenido y prolijo, aún a pequeños divulgadores del comtismo, silencia la obra de los hegelianos. Sólo se refiere a Bruner en cuanto a médico y a propósito de su brillante polémica sobre las histéricas. En 1857 se produjo un caso espectacular: el de Carmen Marín. La mayoría de los facultativos consideraban a las enfermas psíquicas como *posesas, endemoniadas*. Bruner, en defensa de la ciencia, dejó en claro que se trataba de un simple caso de histerismo convulsivo con ataques de paroxismo (5). En su diagnóstico efectuó un verdadero anticipo de los trabajos de Charcot y de su discípulo genial Seigmund Freud. Con los años, su audacia casi le significa la muerte: un filósofo esquizofrénico en pleno delirio vengador, Ventura Marín, pretendió empujarlo por una ventana a tierra.

También influye decisivamente en el olvido de Bruner su amistad con los Montt y Egaña. Si bien Egaña era amigo del liberal Alexander von Humboldt desde París, en su juventud, y los Montt también tenían amigos liberales, los historiadores de esta tendencia no les tenían ninguna simpatía. Y todos los historiadores chilenos de la época eran liberales, anti-Montt y anti-Egaña.

Además, desde otro ángulo, el hecho que Bruner fuera alemán y muchas veces escribiera en su idioma natal da lugar a otras omisiones. Y, por ende, su residencia en el país más austral del globo impidió que sus escritos se conocieran en Alemania.

En suma, tengo el triste mérito de ser su primer biógrafo, salvo múltiples notas periodísticas aparecidas en los días de su fallecimiento, en general escritas por agradecidos pacientes.

Es verdad que posee una placa conmemorativa en una esquina del edificio de una Universidad santiaguina; pero es el homenaje de los médicos al padre de la histología en Chile y al introductor del mi-

---

(5) J. J. BRUNER: *La endemoniada de Santiago o el Demonio en la Naturaleza y la Naturaleza del Demonio*. Santiago. Imp. del Ferrocarril, 1857. Ver: *Recuerdos literarios*, de J. V. LASTARRIA, Imp. Brockhaus. Leipzig, 1885; p. 335. Hay otras ediciones.

croscopio en la Facultad Médica. También lleva su nombre una callejuela de un barrio popular muy poco tranquilo; pero es en memoria del homeópata, que allí tenía un consultorio gratuito para hombres y mujeres con ficha policial y picaresca.

En cambio, es tal el desconocimiento de su obra filosófica, que al publicar algunas noticias y citas escogidas tuve sorpresas curiosas. Una fue sentimental: un anciano me visitó para agradecer, en nombre de su familia, mi homenaje a su abuelo. Otra, universitaria: un amigo catedrático, Juan Rivano, autoridad en Hegel, destacado publicista y lector acucioso de todos los hegelianos y neohegelianos, me confesó no haber oído jamás hablar de Bruner. Y agregó: «Es extraño; también el máximo neohegeliano inglés, Bradley, era homeópata.» En realidad, Bruner y Bradley tenían una común herencia, reunida por Hegel: la atomística griega y las mónadas de Leibnitz. Son dos visiones del mundo: la materialista y el idealismo, pero ambas parten del examen del microcosmos. Sin embargo, en el caso específico de Bruner, a mi parecer, influyó mucho más en su homeopatía la realidad médica de su tiempo.

Si bien personalmente yo no creo en la eficacia de la homeopatía y me parece más bien una ilusión colectiva, es un hecho que en el siglo pasado la medicina curativa estaba en pañales y era más que empírica, aventurada, y todo médico honesto tenía un dilema: o buscaba una salida probable, una panacea —la semejanza y las dosis mínimas, homeopáticas, sin mayor riesgo—, o abandonaba su profesión. Pablo Lafargue, el yerno cubano de Marx, se hizo fotógrafo. Su amigo George Bernard Shaw se hizo naturista, vegetariano, y llegó a escribir una comedia dramática, *The Doctor's Dilemma,* en memoria de la tragedia de la hija menor de Karl Marx, casada con el médico Eduardo Aveling.

Bruner, consecuente con la debilidad de la ciencia médica y con las debilidades de la homeopatía de Hannemann, creó una escuela nueva, la pantoliótica, más experimentalista y más ligada a las adquisiciones de la química biológica de su tiempo. Incluso hizo algún impacto en Europa. Obtuvo un premio internacional en Madrid por su trabajo *El organismo humano enfrente de la Naturaleza circundante* (6). También recibió elogios franceses cuando París era la vanguardia médica del mundo (7). En cambio, en Chile su homeopatía pantoliótica dio lugar a fuertes controversias públicas, ásperas luchas en la

---

(6) *El criterio médico,* tomo IV, números 11 y 12. Madrid, 1863.
(7) *Bulletin de la Société Medicale Homeopathique de France,* tomos III y IV. Imp. Balliere, 1863.

Facultad de Medicina, folletos y polémicas periodísticas (8). Los facultativos enemigos de Bruner durante medio siglo sostuvieron una violenta campaña en su contra. Bruner, no menos enérgico, utilizó en su defensa todo el bagaje hegeliano, su cultura científica, sus dotes literarias, la ironía y la información clásica: el método dialéctico general de su generación alemana.

Sus artículos «El licenciado Leiva, por detrás de la homeopatía» y «Leiva-Gallardo, el gallardo Leiva» tanto tienen la huella cervantina como recuerdan las burlas liquidadoras de Heine, el dardo de Nietzsche y el acero de la pluma de Marx en su *Herr Vogt* (9). En la polémica utilizó a Molière, en una imitación despiadada:

Preces:

«... ... ...
In nomine Trinitatis
Et doctae Facultatis
Medicum te creo
Ut Omnes jeringuees
Qui dejent jeringueari
Omnia privilegia
Ego in te confiero.

Licenciatus:

Amén!»

Sólo es posible en un estudio biográfico general reproducir fragmentos de la obra del biografiado; pero debe suponer el lector que la imitación latinesca de Molière no es menos áspera que los ataques de Schopenhauer a los profesores filisteos de su tiempo.

En un futuro estudio histórico sobre los movimientos contra los intereses creados, el favoritismo burocrático y el sistema comprometedor de cooptación académica en las Universidades tendrá un buen fragmento. Sin duda alguna que la ciencia moderna ha superado por completo los métodos homeopáticos, elementales y en su mayor parte ineficaces de Bruner; pero sus combates contra el anquilosamiento universitario son un precedente de la actual lucha por la innovación de la enseñanza. Bruner jamás pretendió ser un revolucionario, y sólo era un liberal a la usanza alemana. Pero no se desvió de la misión universalista que se había impuesto desde joven, entusiasmando a Humboldt. Su perspectiva era la misma de la derecha democrática

(8) Ver: *El Ferrocarril*, Santiago, 9 de enero de 1861; *Revista de Sudamérica*, tomo I, número 11, y tomo II, número 3; *Actas de la Cámara de Diputados*, Santiago, 25 de enero de 1895, etc.

(9) Ver diarios *El Mercurio*, Valparaíso, 2 de febrero de 1861, y *El Comercio*, Valparaíso, 22 y 29 de enero del mismo año.

hegeliana: defensa de la Ciencia, de la Razón, del Progreso, de la Libertad de pensamiento y de la Igualdad ante la ley. No más allá. Era miembro de la generación que inmortalizó al año 1848; pero esa generación estuvo compuesta de múltiples tendencias: desde la derecha democrática al centro radical y de éste al socialismo revolucionario. Bruner, derechista democrático, sólo pretendía darle una forma moderna a la medicina, y esto es memorable. Aunque sólo fuera heterodoxo en los aspectos científicos y universitarios, esto sólo le hace figurar entre los precursores de la reforma universitaria.

Sin embargo, hay también una evolución en su pensamiento: la misma que sufrió el liberalismo alemán. No renegó de su pasado, de su antigua admiración por los héroes de su juventud, pero a medida que pasaban los años se fue haciendo cada vez más partidario de la tranquilidad.

Cuando en Chile se traducía e imitaba al meloso poeta Lamartine —el neogirondino del París convulsionado de 1848— Bruner, gran difusor de la literatura alemana, no tradujo a sus paralelos y congéneres del Ultra Rhin. Por el contrario, vertió al castellano al poeta libertario y combatiente Georg Herwegh y su canto *Quisiera Irme* (10). Para los hombres del 1848 sólo había autenticidad —unidad de fondo y forma, tanto en la creación y en el creador— en los poetas rebeldes, insumisos. Herwegh, junto con escribir llamados ardorosos a la acción y ser amigo de Marx y de Bakunin, tenía un vigoroso pasado revolucionario. Había encabezado la columna de republicanos alemanes que habían partido de París a combatir el absolutismo provinciano de los reyes, príncipes y duques que mantenían dividida Alemania. En cambio, Lamartine, ministro de Negocios Extranjeros, en buen continuador de Talleyrand, en preciso conocimiento que el ejército absolutista se preparaba para aniquilarlos apenas cruzaran la frontera, los incitó a la partida. Para Lamartine lo más importante era sacar de Francia a los republicanos alemanes, todos admiradores del revolucionario Augusto Blanqui, su más fuerte crítico y enemigo. Para Bruner, uno de los peores recuerdos de su juventud fue el maquiavelismo de Lamartine.

Desde luego Bruner no era un rojo, un partidario de Herwegh, sino un admirador de su prestancia espiritual. Tampoco había participado en la revolución de 1848, pero sus amigos compatriotas le habían informado en detalle la historia de Herwegh y Lamartine. Sin embargo, poco a poco su liberalismo comenzó a variar de actitud. En particular cuando descubrió que sus sueños se hacían realidad. Su liberalismo alemán tenía como máxima aspiración la unidad nacional. Cuando la política de Bismarck unificó al país, Bruner, como el resto

(10) *Revista de Sudamérica*, tomo IV, núm. 7. Valparaíso, 1862.

de los liberales, se plegó al *Canciller de Hierro*. Incluso se sintió inspirado como poeta épico. Escribió *An das Deutsche Volk*. Es un poema posterior a la guerra franco-prusiana y a la proclamación de Guillermo como emperador de Alemania. Dedicó sus versos al canciller y, como es natural, recibió una carta de felicitación oficial del Gobierno.

La misma actitud política tuvo Bruner en Chile. Había una gran correspondencia entre las líneas de acción del Gobierno chileno y el bismarckismo. Los mandatarios chilenos eran autoritarios, aristocráticos, regalistas, partidarios de educación pública, de la lucha por la cultura, y equidistantes tanto del catolicismo ultramontano como del socialismo. Fue partidario público del presidente Montt, especie de Thiers y Bismarck criollo.

Cuando llegó al país, en el hecho evitó algunas normas universitarias tradicionales alemanas mortificantes para un hegeliano liberal. Evitó la visita de estilo que todo recién doctorado debía efectuar a la totalidad de los profesores, incluso a los enemigos del liberalismo y de los hegelianos. Pero esto no significa que varió su carácter de antiguo alumno de Jena, de admirador de Prusia y de miembro del círculo hegeliano oficial. Con todo rigor cumplió las exigencias académicas, tanto las germanas como las criollas. Como tenía pendiente imprimir su memoria *De Effectu Acidorum Mineralium in Sanguinem Experimentorum et Observatium Microscopicarum, pars prima* (11) la envió a una imprenta de Jena.

Fue un aporte novedoso. En la época, los trabajos fundamentados en la observación microscópica eran pioneros. Más tarde fue el profesor de análisis histológico. Y como era necesario legalizar su especialidad y su profesión en el país, redactó otra memoria más: *El cerebro de los animales y del hombre reducido a sus tipos fundamentales, como símbolo de su función psicológica* (12). Es el primer trabajo de biología comparado efectuado para la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile. Dos años más tarde, para ser recibido como miembro de la Facultad, presentó otra memoria original: *Fragmentos de una higiene pública en Santiago* (13).

Ya miembro del claustro universitario se sintió con derecho a cumplir la misión humboldtiana: intervino en todas las iniciativas y proyectos educacionales. Muchas veces en forma progresista y en otros casos algo desafortunado; pero siempre en defensa de los principios que había adquirido en Jena y entre los hegelianos.

Uno de los temás más controvertidos y cuya discusión tiene casi

(11) Typis A. Neuhenhahni, Jenae, 1854.
(12) *Anales de la Universidad de Chile*, noviembre de 1855.
(13) *Anales de la Universidad de Chile*, 1857.

un siglo fue la supresión del latín como idioma obligatorio desde los primeros años. Antes de su llegada a Chile el rector Bello y Vendel-Heyl por una parte y Sarmiento y los románticos por otra habían sostenido una polémica de antología. En 1880 se reabrió el debate, interviniendo las figuras máximas de la Universidad. El centro de la discusión fue el catedrático de Latín, el profesor Lobeck, un doctor alemán amigo suyo. En su defensa y en acuerdo absoluto a sus principios humanistas clásicos empuñó su arma quijotesca en ristre. Era un excelente poligloto —dominaba diez idiomas— y su manejo de las lenguas clásicas era desenvuelto y con la facilidad de un gramático consumado. Y le era imposible comprender que el resto de los hombres no tuvieran igual facilidad y conocimientos. Educado en Alemania, partía de la idea que si en Europa se estudiaban las lenguas muertas, aquí también era posible. El género humano es uno y de idéntica capacidad. Toda otra actitud significaba para él propiciar la flojera en los alumnos y el atraso cultural. De inmediato entró en combate. Con audacia escribió una extensa e irónica descripción de los «modernizadores», Vicuña Mackenna y los Amunátegui, junto con un cuadro costumbrista de la indisciplina escolar.

La presentó como una *oda patriótica dedicada a la juventud chilena,* con el título *¡Abajo el Latín!*

«¡Hosanna, niños del Instituto Nacional! Los amigos del pueblo trabajan por vuestra redención...; no más férreos anillos del idioma...; no más la horrible pesadilla de los géneros y conjugaciones os espantarán en medio del trompo y el volantín...; para jeringuear a la humanidad no se necesita el idioma de Catón...; estudiad las costumbres en Dumas y la historia en el inmortal Lamartine. Ahí hay vida, hay colorido, hay verdad. ¿Cómo puede compararse con ellos el Tácito...? ¡Abajo las barricadas que el genio adusto del Lacio... había inventado para encadenar a los pueblos...! ¡Y vosotros, nobles redentores de la juventud chilena! ¡Trompeteros, tribunos, tamboreros, oradores, flautistas, poetas, patriotas, diaristas! ¿Qué sinfonía de mi parnaso evoco para cantar dignamente la significativa grandeza de vuestra victoria?» (14).

Alguna vez espero reproducir esa extensa *oda patriótica* en su integridad. Su mérito literario y curioso lo exige. Sin embargo no fue más que una elegía satírica: los partidarios de la enseñanza obligatoria del Latín ya habían sido derrotados. En la práctica las medidas de expansión estudiantil impedían conservar un programa escolar nacional que incluyera a la vez las lenguas clásicas y las modernas. El bajo

(14) *El Independiente,* Santiago, 7 de octubre de 1880.

nivel cultural del país hacía necesario optar por los idiomas más necesarios: los vivos.

De todos modos, la discusión sobre el tema aún continúa. Se han publicado densos libros a su propósito. Uno es *La muerte del humanismo en Chile.* Otro, *Las ideas políticas en Chile.* Y mientras un crítico literario proustiano, Alone, añora los viejos tiempos perdidos del latín obligatorio, los más profundos pensadores y los mejores estudiantes le replican: «Todo lo viejo merece perecer.» Enseñar por orden perentoria un idioma muerto en un país subdesarrollado social y culturalmente que necesita desplegarse es poner una barrera. Es necesario llevar la educación a toda la población. Un sistema restrictivo, aristocrático de enseñanza corresponde a una nación de régimen social y político semejantes.

No menos apasionados e infructuosos fueron los esfuerzos de Bruner para crear una corriente filosófica hegeliana, hacer vivir una escuela que enfocara sus estudios en la perspectiva de la dialéctica hegeliana. Por años y décadas esperó la aparición de una filial chilena de la sociedad científica de sus maestros. Nunca logró tal idea penetrar en la juventud. Sin embargo, no aceptó su derrota. Le era imposible comprender por qué fracasaba. En verdad, parece haber ignorado que era la consecuencia de sus actitudes políticas. Sus ideas eran innovadoras, novedosas para Chile, mucho más avanzadas que las frases radicales de los positivistas, musculosas en la forma y débiles en el fondo. Pero que al exhibirse en la prensa alcanzaban el éxito entusiasta de la juventud, siempre rebelde. Es así como aún hoy existe la Sociedad Científica de Chile, creada por los discípulos criollos de Comte y de Spencer.

Bruner al llegar a Chile era joven, innovador, audaz; pero al ingresar al Claustro Universitario, gracias a Manuel Montt, pasó a ser un nuevo autoritario, un monttino alemán. Cuando los estudiantes vibraban con el liberalismo romántico él colaboraba en el diario monttino y arzobispal *El Independiente.* Además, su estirpe filosófica le hacía aparecer un pensador oscuro, erudito y metafísico frente a la prosa lúcida, cartesiana y con toques romántico-sociales de los positivistas, todos cultivados en la lectura francesa.

Le sucedió lo mismo que a la mayoría de los hegelianos de Alemania: al ingresar a la máquina universitaria del Estado se tornaron bismarckianos. En cambio, la oposición radical se declaró positivista, y sus ideológos fueron Vogt, Dühring y Lange, pasando a ser aclamados y populares por la juventud más impetuosa. Distinto fue el trayecto hegeliano en Italia. La Escuela de Nápoles, organizada por republicanos de izquierda, reunió a su rededor a la juventud. Sus pensadores,

Spaventa, Vera, Labriola, Croce —muy distintos entre sí y aun opuestos— no sólo fueron escritores de expresión clara, sino además de actitud democrática. Hoy todo el marxismo peninsular se proclama su continuador crítico (15). Supieron conquistar la única fuerza desinteresada, capaz de crear instituciones vivas: la juventud.

Sin embargo, en la década del 80 en parte, Bruner logró realizar sus esperanzas, limitadas al medio emigrante alemán. En diferentes oleadas llegaron al país jóvenes doctores alemanes de muy variadas especialidades. En particular algunos hijos de viejas familias judías, que desde su emancipación constituían la vanguardia intelectual de Alemania. Crearon la Sociedad Científica Alemana de Chile y lo eligieron su presidente. El alma de la sociedad fue Luis Darapsky, un químico, profesor de la Universidad de Chile, estudioso de la filología y la antropología aborígenes. Junto a ellos estuvieron A. Meyer, J. Jacob, Hoerll y Körner. Publicaron los *Verhandlungen des deutschen Wissensflichen Verein zu Santiago*, una rareza bibliográfica, que constituye una de las fuentes iniciales del estudio de la antropología, la botánica, la lingüística y la mineralogía modernas del país (16). Allí además apareció el único análisis crítico que obtuvo Bruner por su libro *La experiencia y la especulación*, escrito por Darapsky. Por desgracia, el retorno de Darapsky a su patria significó la declinación de la sociedad.

La filosofía de J. Juan Bruner

Es conocido y aceptado que Sudamérica no tiene un filósofo original. No ha surgido un sistema nuevo entre nosotros. En cambio hay versiones o interpretaciones filosóficas que poseen auténtica validez. Sin duda que estos pensadores han cogido las esencias europeas y en parte son una evocación; pero todo esto no es un mal sudamericano exclusivo: es hoy una realidad mundial. Ya Ortega y Gasset, el pensador de la razón vital, llamó la atención sobre la imposibilidad física de que alguien pudiera crear un nuevo gran sistema. Incluso su indicación no es nueva: el primero en fijarse en esta realidad fue Federico Engels. A uno de sus libros, escrito en homenaje a Karl Marx, lo denominó *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*. En otro sitio expresó: «Sólo restarán la lógica y la dialéctica.» Y en verdad los únicos aportes actuales son metodológicos: la fenomenología, la

(15) Ver G. Oldrini: *Gli Hegeliani de Napoli*. Ed. Feltrinelli, Milano, 1964, y Antonio Gramsci, *El materialismo histórico y la Filosofía de Benedetto Croce*, traducción, Flambau. Ed. Lautaro. Buenos Aires, 1958.

(16) Imp. Germania, Valparaíso, 1885 y ss.

lógica simbólica, el examen estructural. Todo, ya implícito en los viejos sistemas filosóficos.

El pensamiento de José Juan Bruner tiene esa relativa originalidad que es aportar un punto de vista nuevo, casi metodológico, dentro de la gran escuela hegeliana. Se adhirió o, si se quiere, creó un matiz entre kantiano y leibniziano de la dialéctica hegeliana, que denominó *substancialismo*. Precediendo en algunos aspectos de su posición al famoso neohegeliano inglés Bradley (1846-1924). Lo que no es poco decir. Grandes países, Estados Unidos e Italia, por ejemplo, tienen como grandes figuras filosóficas a Royce y Croce, dos neohegelianos.

Bruner partió con todo el bagaje de su tiempo: el panteísmo spinoziano —la clave de Hegel— y las «mónadas» de Leibniz, sus corpúsculos divinos. Se definió como monista, pero la dialéctica del YO y del NO YO de Fichte entraba en sus convicciones. Admiraba a los períodos de Schelling: al joven, innovador y al viejo teólogo. Todos los aportes nuevos de la ciencia experimental lo atraían, y a veces además los equívocos. Admiraba el entusiasmo precursor de Darwin y los esfuerzos de su partidario Haeckel y también Hahnemann y Paracelsus. Dio gran importancia al desenmascaramiento de la «metapsíquica» y puso en solfa al espiritismo, la teosofía y Alan Kardec; pero los reemplazó por una teología de las «mónadas». Creó un vitalismo hegeliano específico, al cual le dedicó sus dos libros importantes: *La ciencia y la especulación* y *La substancia inmortal del organismo humano*.

No demostró simpatía alguna por los «modernos ateos», alineando a los «materialistas crasos» de la escuela alemana —Moleschott, Vogt y Büchner— junto al padre francés del positivismo, Augusto Comte (17). Sin embargo, salta a la vista, sorprende, el cuidado que puso en excluir de su enumeración de ateos a los miembros de la izquierda hegeliana, sus coetáneos. Y Strauss, Ruge y Feuerbach eran conocidos en Chile. Es posible, quizá, que no deseara mencionarlos por solidaridad de escuela; pero, desde el punto de vista de la historia de las ideas, sus críticas a la religión son mucho más profundas y radicales que las efectuadas por los «materialistas crasos» y Comte.

En fin, Bruner, a más de filósofo, fue poeta filosofante y sonetista. Muy de acuerdo a la tradición clásica y a los pensadores alemanes del siglo pasado, trató de presentar su pensamiento en poemas. Fue un goetheano típico. Admiró al vate fáustico, al coleccionista de minerales y de herbarios y al descubridor del hueso intermaxilar. Además fue gran lector de Lucrecio, el autor de *Rerum Natura*. No fue un poeta esencial; sin embargo, su extenso poemario merece recor-

(17) J. J. BRUNER: *La substancia inmortal del organismo humano*, imprenta Gutenberg, Santiago, 1879, p. 53.

darse. Se destacan sus veinte sonetos *Die Natur* y su canto *Eile Mit Weile zur Empirie und Spekulation* (18).

... ...
Auf das Meer das schrankenlose!
Dessen Quellenstill durchbeben
Waldesgrund un Eich und Moose
Tränkend nährend tief beleben!
... ... (19).

Fue un hegeliano-goetheano, un enamorado del drama de la Naturaleza, del hombre y de la existencia. Sin embargo, llamarlo hegeliano-goetheano es dar una definición tan breve como ambigua, muy amplia y muy restringida. La concepción general de Hegel tiene como principio ser una filosofía del devenir, capaz de absorber todo aporte del conocimiento y de la acción; pero además existe la «Opera Omnia» de Hegel y la «Opera Omnia» de Goethe. Bruner era hegeliano y goetheano, pero no un doxógrafo, un fanático limitado a los textos sagrados de los maestros. Y como tal, tenía su versión *substancialista* del mundo.

Su pensamiento lo formuló detallado de muy diversas maneras y estilos. Todo convergiendo al ciclo dialéctico de la Idea-Razón hegeliana, pero modificado por sus convicciones científicas y por sus conceptos de *substancialismo*. Múltiples veces nos explicó cómo la Idea, la Razón se materializa en la Naturaleza y se alinea en el hombre para así tomar conciencia de sí misma y llegar a ser la Idea Absoluta, la Razón Absoluta, el Espíritu Absoluto.

En su obra *La substancia inmortal del organismo humano,* escrita en estilo epistolar clásico, presentó su declaración de fe hegeliana y su versión substancialista de la siguiente manera: «El desarrollo detallado de esa actividad de la razón pertenece a *la Lógica* (Hegel, *Die Wissenschaft der Logik).*» (20)... «Ensayaré —dice— a desenvolverte mis ideas ordenadas en las tres divisiones siguientes:

1.° *La Substancia Divina* y su exteriorizamiento en la Naturaleza.
2.° *La Naturaleza* y su interiorizamiento final en el Hombre.
3.° *El Hombre* y su retroversión final en la Substancia Divina.» (21).

La tríada dialéctica hegeliana aparece en Bruner en forma *sui generis,* reemplaza los términos de Heger por *Substancia.* Sin embargo,

(18) J. J. BRUNER: «Die Natur», en *Verhandlungen des Deutsche Verein zu Santiago,* tomo I, imprenta Germania, Valparaíso, 1885.
(19) J. J. BRUNERH «Hacia el mar ilimitado, — cuyas fuentes palpitan silenciosas — en el fondo de la selva, — impregnando de vida tanto al roble como al musgo.» En *La experiencia y la especulación.* Imp. Gutenberg, Santiago, 1886.
(20) J. J. BRUNER: *La substancia inmortal del organismo humano,* p. 307.
(21) J. J. BRUNER: idem, p. 346.

no es sólo una simple alteración de vocablos. Los cambios de términos tienen un significado más o menos preciso. Como creyente y a la vez cientista estuvo preocupado de fijar sus puntos de vista. Tanto su cristianismo como sus convicciones de histólogo experimental lo empujaban a pensar en una Substancia Divina y en una Substancia Biológica. En su tiempo, el grado de saber científico no superaba el concepto de «substancia» biológica autónoma, «unitaria», que «enfrenta activa y eterna como experiencia real, como la única realidad». Todo el entrecomillado es textual de Bruner. Sin embargo, también expresó: «La ciencia no ha llegado a un desarrollo vivificante.»

En particular, su problemática estuvo atenta a la segunda fase del ciclo dialéctico hegeliano de la Idea —su exteriorización en la Naturaleza y su interiorización en el Hombre—. En esta fase tuvo una indudable duda interior, que se descubre por paradoja en su ataque al ateísmo. En estilo polémico, por la vía negativa, muestra la «materialización» de la Idea o, si se quiere, de la Substancia.

Es un argumento que implica la duda spinoziana *omnis determinatio est negatio*. Por ejemplo, expresa: «El *Materialismo* o más bien el Substancialismo mío lejos de excluir... El Substancialismo mío no tiene nada que hacer con aquel materialismo craso que toma la materia inconsciente por causa de la inteligencia y que niega la inteligencia divina como la causa prima y única del universo.. » (22).

Dunns Scoto, Bruno, Bacon y Spinoza sostuvieron un pronunciamiento parecido. En sus ideas de creyentes surge implícita la duda negativa. Ya Marx y Engels en sus estudios sobre el materialismo en Francia e Inglaterra hicieron hincapié en esos gérmenes de sus ideas. Rodolfo Mondolfo, acusioso historiador de la filosofía, tiene estudios detenidos, detallistas al respecto (23). Por otra parte, Karl Marx fue un profundo crítico de los «materialistas crasos». Sobre Vogt, Büchner, Moleschott y semejantes dejó páginas decisivas. Varias veces demolió la argumentación «materialista crasa»; en particular, la tesis de que el pensamiento es segregado por el cerebro como la bilis por el organismo. Sin embargo, hay una diferencia fundamental entre la duda spinoziana —y sus derivaciones menores, como el substancialismo— con la negación absoluta de la hipótesis de una Divinidad, Idea o Espíritu. Como dijo Bruner: «Lo que el Ateísmo niega es el realismo de la Idea o el Idealismo en existencia.» (24).

En su obra sistemática *La experiencia y la especulación* Bruner trató

---

(22) Idem, p. 53.

(23) *Marx y marxismo*, pp. 94 y ss. F. C. E. México, 1960. Tr. Alberti, y *El materialismo histórico en Federico Engels*, L. Ciencia, Rosario, 1940. Tr. A. Mantica.

(24) J. J. Bruner: *La experiencia y la especulación*, p. 346.

de fijar con claridad el rol que jugaría la Substancialidad en la delimitación entre Ciencia y Filosofía. En otras palabras: entre la experimentación pura y la especulación filosófica. Trató de evitar que su Substancialismo se confundiera con la tesis materalista, pero que a la vez quedara en claro que tampoco era una simple divagación espiritualista o una teología.

En un tiempo hubo —hay— una oposición radical entre la investigación experimental y la especulación filosófica, pero Bruner trató de salvar esa diferencia con el argumento de las Esencias. Expresó: «La Substancialidad o Esencia de las cosas..., siendo la esencia la particularidad total de la cosa y todas las cosas de la Naturaleza, es decir, la Naturaleza entera es en el fondo la esencia de sí misma. Fuera de ella o detrás de ella no existe ninguna esencia, a no ser en el Ser Absoluto del Universo, que es la Substancia inteligente, el eterno Pensador, Productor y Reabsorbedor de todo, pero que no es objeto de las ciencias exactas o experimentales.» (25).

Otro estilo de explicar la problemática de Bruner es el histórico. Consiste en mostrar sus relaciones o, mejor dicho, su lugar en la Escuela Hegeliana.

Al fallecer Hegel sus discípulos se dividieron entre ortodoxos y críticos. Los primeros siguieron al maestro hasta en su letra, petrificándolo contra el espíritu mismo de su Método. Sólo tienen importancia como una muestra más del anquilosamiento que significa el fanatismo. Los segundos, la mayoría de los hegelianos, los críticos, prefirieron ahondar en las proyecciones de la Dialéctica. Poco a poco, la actitud crítica se fue profundizando hasta adquirir hondura y analizar los fundamentos. Aunque los críticos se dirigieron a muy opuestas y diferentes direcciones, los podemos clasificar según sus particulares especialidades y afinidades. Desde luego toda clasificación está sujeta a generalizaciones excesivas y arbitrios impuestos por la didáctica, pero debemos aceptar el riesgo del error.

Unos crearon la Filosofía de la Cultura. Otros partieron de la crítica de la filosofía hegeliana de la religión para efectuar la crítica de la religión como tal. Y unos terceros —Marx, Engels, Detzgen— superaron a los anteriores para efectuar la Revolución Filosófica, que es pasar del *reale humanismus* de Feuerbach a la dialéctica concreta, hoy llamada marxista.

En verdad, los únicos fieles al maestro fueron los primeros y los segundos. Conservaron el Panteísmo y la concepción trinitaria de la Dialéctica Hegeliana. Identificaron a la Naturaleza por medio de un proceso idealista con la Divinidad. Hicieron, además de la Tesis, la

(25) Idem, p. 206.

Antítesis y la Síntesis hegelianas, una tríada del Espíritu. Y buscaron la Esencia de Todo, la Esencia como trasfondo general de la realidad visible. Para mayor claridad y exactitud objetivizaré en individuos, en pensadores, en personeros, las posiciones básicas. Los creadores de la Filosofía de la Cultura tuvieron dos matices fundamentales: el alemán, representado por Wilhem Dilthey y cuyas temáticas inciden en el Conocimiento del Mundo de las Ideas, y el francés, más determinista y objetivo, cuya figura más brillante es el escritor Hipólito Taine. En cambio, el más importante investigador de las Esencias fue Husserl, el creador del Método de las Reducciones Fenomenológicas y gran investigador de la Lógica. Y es en esta dirección donde podemos ubicar a José Juan Bruner.

Como ya se expresó, toda clasificación es relativa. En realidad, Bruner no alcanza los niveles husserlianos; tampoco fue un especialista en Lógica, y menos aún un gigante investigador metodológico como el judío alemán Husserl; pero los unen convicciones y puntos de partida semejantes: ambos *buscaban las Esencias,* como se descubre en el fragmento citado al respecto.

Husserl (1859-1938), por medio de una investigación lógica en pos del conocimiento puro, llegó a las consecuencias últimas de la Fenomenología de Hegel y del Criticismo de Kant. Vivió el clima filosófico caracterizado por la relectura de Hegel y de las Críticas de la Razón Pura, Práctica y del Juicio de Kant. En cambio Bruner, hombre de la primera década del siglo XIX se limitó a bosquejar el aporte hegeliano y algunos aspectos del kantismo. Sin embargo, los dos inquirieron en la búsqueda de los distingos lógicos en la Esencia del Fenómeno. En algún sentido, son una especie de antecedentes de la metodología formal del cuasi marxista francés Althusser. Evitaron el análisis de totalidad, de unidad de las partes en el todo de la Naturaleza, la Sociedad y el Hombre para determinar en forma autónoma las categorías naturales y lógicas.

Diferente fue la concepción de los discípulos de Hegel, que encontraron la médula racional de su método en la Dialéctica Concreta y en el examen de totalidad. Conservaron el historicismo, pero lo liberaron de su agregado la búsqueda de las Esencias, descubriendo que era una Alienación o Falsa Conciencia. Todo esto último por medio del análisis social y antropológico humano de la religión, la sociedad y la economía. En fin, derribaron el edificio del platonismo.

Bruner pensó que era posible evitar las consecuencias del análisis social y antropológico por dos vías: la absorción de los avances de la ciencia en un finalismo vitalista —el Substancialismo— y la independencia de las categorías Experiencia y Especulación. Soslayando,

en suma, la concepción de unidad natural, de Dialéctica Concreta, a través del concepto de Esencia.

En un fragmento explícito escribió: «*La meditación,* por su parte, concibe en esas exterioridades —la fase materializada del Espíritu, según Hegel— comunes una conexión interior o pensamiento fundamental de origen común (teoría de la descendencia de Darwin), de causalidad o substancialidad congenial (distinción de los elementos químicos en metales, álcalis y metaloides), de finalidad o destino análogo de los órganos heramórficos (las tráqueas de los insectos, las agallas de los peces y los pulmones de los animales superiores, etc.) y combina todas las cosas percibidas e intuidas interpretándolas.. » (26).

Sin detenernos en sus ejemplos científicos, en su mayoría anacrónicos —la Físico-química supera la clasificación que indicó; la Genética y la Paleontología actual tienen otra perspectiva, etc.—, la posición de Bruner tiene dos aspectos centrales notorios: el finalismo divino —la organización de la Naturaleza está *programada*— y la aceptación del evolucionismo darwineano. Podemos, sin duda, agregar que el finalismo —la Substancia Divina Motora— es cada día más discutible e hipotético y que, en cambio, el evolucionismo es cada vez más válido; pero en este caso específico Bruner es más importante señalar sus méritos.

Si comparamos su finalismo evolucionista con uno moderno, el de Teilhard de Chardin, nos encontramos conque los dos tuvieron un común denominador: la aceptación del cambio biológico unido a la hipótesis del Creador. Sin considerar sus respectivas especialidades, sus diferencias en el estilo literario y sus niveles científicos, hay en estos dos hombres de dos mundos diferentes, separados por los años y las perspectivas, un común anhelo. En honor a Bruner citaré una sentencia latina: *Nihil Novum Sub Sole.* Un marxista admirador de Voltaire podría parafrasearle sus ironías contra Leibniz: en el mejor de los mundos posibles, en éste, Bruner no tuvo fama y ni siquiera es conocido en sus dos patrias, Alemania y Chile; en cambio, Teilhard de Chardin, discípulo de la gran corriente jesuita que va de Boscovich al chileno Molina, es ilustre en todo el mundo y en los años de los viajes interplanetarios y de la energía atómica.

Por último, mi pensador, buen alemán del siglo pasado, al igual que gran número de sus colegas, efectuó su clasificación de las tendencias mayores de la filosofía. A la multitud de sistemas propuestos se debe agregar el suyo. Es en parte metodológico y en parte egocéntrico. Esto último es muy comprensible: si gran número de pensadores han efectuado su esquema analítico para ubicar su pensamiento,

(26) J. J. BRUNER: Idem, p. 247.

también él estuvo en su derecho. Y más aun todavía, cuando debía defenderse de la soledad intelectual de su medio y de su tiempo criollos. Además, en lo principal, con su clasificación impidió ser catalogado con precisión plena en las tres grandes ramas del hegelianismo.

Dividió los sistemas filosóficos en objetivistas, subjetivistas, subjeto-objetivistas y en substancialistas. Muy en acuerdo a su calidad de antecesor esencialista de Husserl y Althusser. Los objetivistas los hace provenir de Bacon de Verulam, para pasar a Locke, Berkeley, Hume y Kant. Los subjetivistas procederían de Carteius, Malebranche, Condillac y D'Holbach. Los subjeto-objetivistas de Cusa, Paracelso, Bruno, Spinoza, Leibniz, Schelling, Fichte y Hegel. El último es su maestro y se consideró su perfeccionador. «Hegel, cuya *Fenomenología del Espíritu* contiene los principios de lo que ahora se llama Filosofía Experimental, considera el fundamento del espíritu humano como *Conciencia* (ser consciente-Bewusstsein), es decir, como unidad de saber y ser, de sujeto y objeto, pero no absolutamente confluida, sino diferente en medio de su unidad: *Yo y No-yo, como uno y dos a la vez*» (27).

La clasificación bruneriana posee su propia lógica y secuencia; comprensible a través de su Filosofía Experimental Substancialista. La define «un principio monístico y experimental o experimentación científica como resultado del Empirismo y la Especulación». Principio Monístico entendido como «la inseparable unidad de lo real y lo ideal, en el universo entero, en el hombre, en el espíritu humano, en todo; unidad que nunca ha sido dos; unidad *ab-aeterno,* do ninguna fuerza puede ser sin su respectiva materia, ninguna materia sin su fuerza inherente» (28). De ahí hace surgir la categoría principal: «La Totalidad como unión y diferencia de las partes» (29). Y es desde esos ángulos unitarios y panteístas como hace surgir «su punto de partida para decidir sobre el valor de los postulados de las filosofías».

Además su «principio monístico y filosofía experimental» son una respuesta al materialismo mecánico de Büchner y Moleschott, en boga en esos años. Estos quisieron sistematizar un determinismo natural con los datos de la ciencia primaria de la época. Fijaron un curso mecánico de causas a efectos sobre Fuerza y Materia, propio del desconocimiento de la Física cuántica, ondulatoria, electrónica y relativa de hoy. Desde luego, esa posición determinista elemental fue fácil de atacar. Büchner y Moleschott abandonaron los aspectos dinámicos e indeterminados al idealismo; en particular, la comprensión unitaria de la acción recíproca multilateral. Eran deterministas a secas. No

(27) J. J. Bruner: Idem, p. 91.
(28) J. J. Bruner: Idem, p. 32.
(29) J. J. Bruner: Idem, p. 34.

consideraban el Todo como un proceso universal más bien sujeto a leyes de probabilidad estadística que a funciones de factores limitados.

Es necesario, sin embargo, aclarar que los «principios monísticos» de Bruner no son una crítica válida a la Dialéctica Concreta de Marx. Esta comprensión es de totalidad no mecánica; pero sin concesión alguna, tanto al determinismo fácil como a las hipótesis finalistas. Sin causalismo directo de factores únicos y sin el dualismo en última instancia que significa la concepción de Ideal y Real. Por el contrario, Marx, desde campos del conocimiento no experimentales, sino filosóficos, históricos y económicos, llegó a conclusiones que corresponden a la Física Actual. A través de la abstracción concibió la unidad dialéctica concreta como una totalidad de acción recíproca en movimiento. La fórmula einsteineana $E=Mv^2$ tiene su correspondencia precisa en la interpretación dialéctica concreta. De la misma manera, el indeterminismo de Heinsenberg corresponde al principio de negación dialéctica concreta (30).

A pesar de esto, Bruner realizó una hazaña intelectual asombrosa para su tiempo y medio sudamericanos. En el último rincón austral de la tierra (Im Letzten Winkel der Erde) efectuó una nueva síntesis hegeliana, un sistema filosófico completo.

Falleció, a los setenta y cuatro años, en Santiago de Chile el 22 de marzo de 1899. Fue el fin del siglo y de una época y es casi un símbolo. Sus funerales fueron multitudinarios. Le rindieron homenaje póstumo sus enfermos gratuitos, sus alumnos de histología y sus amigos personales. Han pasado los años y también ellos fallecieron. Pasó al olvido, hasta ser rescatado del silencio histórico por un marxista.

---

(30) Nota final: Para evitar equívocos es necesario recordar que también el marxismo tiene una versión mecánica. Ya Marx se vió obligado a declarar: «Yo no soy marxista.» Durante muchos años, «marxistas oficiales» atacaron a Einstein llamándolo un físico idealista. En la actualidad, los mismos consideran a Freud un «psicólogo de la burguesía». Ignoran que muchas de sus investigaciones corresponden a la Teoría Marxista de la Alienación. de la misma manera, un «marxista oficial», Althusser, ha efectuado una «revisión» de la Dialéctica Concreta transformándola en un empirismo compuesto de categorías económicas y sociales autónomas.

No es casual que los más grandes pensadores y estudiosos del marxismo hayan tenido la actitud contraria. No es casual que Ernest Bloch, Henri Lefebvre, Herbert Marcuse, Eric Fromm, Pierre Naville, Leszek Kolakowski, Daniel Guérin, Maximilian Rubel y Lucien Goldmann hayan optado por el humanismo y la independencia.

MARCELO SEGAL
Bombero Núñez, 105
SANTIAGO DE CHILE